



EL BESTIARIO • SANTIAGO JUANES

Ricardo Senabre

REGRESABA de Sevilla, de confirmar que el sol existe, cuando **David Senabre** me comunicó la muerte de su padre, nuestro **Ricardo Senabre**, tan vinculado a Salamanca, su Universidad y algunos de sus escritores, como **Unamuno** o **Luciano González Egido**, por ejemplo. Sus críticas literarias tenían la virtud de gustar a quienes leemos sin criba ni conocimiento, como aquellos cronistas taurinos o deportivos que leen también los que no sienten pasión por los toros o el deporte. De Unamuno y en su casa museo hablé con él la última vez hace algunos años donde me convenció de que no es posible leer de don Miguel solo la poesía, el ensayo o la novela, sino todo, e imaginar que es el propio escritor quien nos lee sus textos para que su palabra no se quede solo en los libros, como temía y se recoge en el maravilloso documental que se proyecta en la Hospedería Fonseca y acompaña la exposición “El rostro de las letras”. Imágenes, fotografías de los grandes de nuestra literatura moderna que Senabre estudió, analizó y divulgó: **Zorrilla**, **Bécquer**, **Rosalía de Castro**, **Baroja**, **Unamuno**, **Valle Inclán**, **Galdós**, **Emilia Pardo Bazán**, los **Machado**, **Juan Ramón Jiménez**, **Echegaray**... gente que escribió y escribió para conseguir la fama y hoy tenemos en Salamanca al alcance de las manos en una exposición que, imagino, recibirá escolares de toda la provincia. Escritores como sus bigotes, perillas y rizos, señoras con sus amplios vestidos y sombreros espectaculares que apenas dejan insinuar sus tirabuzones, que supieron, algunos, lo que era la miseria mucho antes de ganar un duro y mientras otros se nos murieron sin saber que serían famosos con ellos en la gloria. La casualidad ha querido que don Ricardo se nos haya ido al tiempo que llegaban a Salamanca los que



Le recordamos en blanco y negro, casi sepia, y lo imaginamos discutiendo con los protagonistas de la muestra “Los rostros de las Letras”

dieron sentido a sus libros, escritos y enseñanzas. Seguramente, la literatura contemporánea no sería lo que es sin Senabre. Qué lástima de pérdida por un cáncer. Sí, un cáncer: poco a poco vamos perdiéndole el miedo a la palabra y hay que ir ganándole terreno al impacto que produce el fallecimiento de alguien conocido, porque hoy son más los que se curan que los que fallecen, según comenté hace poco con **Inmaculada Rodríguez**, presidenta de la Asociación contra el Cáncer de Salamanca, que prepara para el fin de semana que viene una cena contra la enfermedad, o sea, para apoyar a médicos e investigadores y voluntarios de la asociación.

Cuando leo a los clásicos recreo el

mundo que cuentan en blanco y negro y frío. No imagino a Unamuno paseando un día soleado, ni a Galdós pegando la hebra con un militar de la Guerra de la Independencia a pleno sol, y qué decir de Valle Inclán, con su bufanda, y a Antonio Machado con aquellos trajes de paño en la fría Soria. Encajarían en estos días gélidos, aunque no tanto como aquellos en los que se candaba el río, la ropa se quedaba helada y tiesa en las cuerdas de los patios y de los canalones colgaban carámbanos que los chavales convertíamos en polos. Hace tiempo que no vemos aquello, salvo por televisión, mientras escuchamos la letanía de nuestros mayores de que antes sí que hacía frío. Y seguramente lo sentían más porque no tenían la ropa de abrigo de ahora. De hecho, otra exposición fotográfica de nuestros días —“Salamanca, 1900”— en la Casa Lis y Filmoteca Regional nos muestra esa Salamanca fría que producen las imágenes en blanco y negro. Hoy, recordamos a Senabre en blanco y negro, casi sepia, y lo imaginamos discutiendo de literatura con aquellos protagonistas de la muestra “Los rostros de las Letras”, entre los que está, sin duda, el suyo.